

COMO BAJANDO EL CIELO

Por Claudia Bernazza

El Pocho la Pantera la invita a Raquel a ir con los muchachos susurrándole piropos desde los altoparlantes. El Pichi Sosa promete concurso de disfraces y muchos premios, parado como puede en el escenario que la comisión de cultura improvisó sobre la caja del camión del Beto porque la municipalidad no llegó con las tarimas. Una noche caliente y húmeda está chorreando como agua espesa.

Cobran entrada, los muy caraduras. Papel picado, un peso la bolsita. La nieve, cuatro pesos. Atorrantes, quieren salvar la semana.

En la murga bailan Déborah y el Peluca.

Todos quieren ver a Déborah, que a esta altura ya se hizo famosa, y yo me acuerdo de otros tiempos, y por eso también lo quiero ver al Peluca.

Treinta grados a las diez de la noche. Corre el tetrabrik y la cerveza sin disimulos, pero nada alcanza.

Ahí pasa, con su culo revoleando plumas. Se excita con los insultos y besa hombres para recordarlo todo el año. Déborah se puso tanta silicona que ninguna piba se le iguala ¿cuánto hace que dejó de ser varón?

Y yo pienso. Que estamos todos amontonados acá, en la calle asfaltada del barrio, y colgamos unos cables con lamparitas como bajando el cielo, y ponemos unas vallas de madera marcándole límites al paraíso y nos sentimos Gardel.

Nos alucinamos Río de Janeiro y suponemos que Déborah es Xuxa y lo besamos sin culpa.

Y pienso en qué nos habrá pasado a todos, pienso en el Peluca, cómo puede, cómo hace para bailar en el corso, si estuvo tres años a la sombra y volvió y la mujer se le había ido con otro y a los pibes se los había llevado el juez de menores y él canta y baila y se ríe como un chico cuando lo aplauden o le gritan guasadas, disfrazado con la peluca que lo nombra y que lo esconde .

Y yo me acuerdo cuando se sentaba al lado mío en quinto, y tenía que saltar por él en los recreos porque era tan flaquito y se lo comían los piojos y siempre se metía en algún depelote y terminaba tirando patadas al aire y puteando maestras de lo lindo pero era un pan de dios y era un moretón caminando, tanto cintazo encima.

Ellos se creen la del carnaval y bailan y en una de esas la vida se les pinta de algún color. Y yo también me la debo creer, porque sino qué hago acá mirándolos, pagando las dos lucas de la entrada, sintiendo lástima de los foquitos quemados, de la cumbia desafinada, de Déborah que se consuela mina, del Peluca mamado, de las pibas mal pintadas.

Me la debo creer, porque no hay otros carnavales que me calcen como éstos, y alguna vez sabré por qué sigo quedando, durando, y por qué me lastima tanto.

Berazategui, 1992.